

Mar
de
Málaga

I2

El agua en la boca
Litoral / Suplementos

Jean Cocteau Salvador Rueda José Moreno
Villa Jorge Guillén Vicente Aleixandre
Federico García Lorca Emilio Prados Rafael
Alberti José María Souviron Manuel
Altolaguirre José Antonio Muñoz Rojas Carlos
Rodríguez-Spiteri Juan Bernier Francisco
Giner de los Ríos Alfonso Canales Pablo
García Baena Manuel Alcántara Enrique
Molina Campos Miguel Romero Esteo María
Victoria Atencia Rafael Pérez Estrada José
Infante Francisco Cumpián Francisco Ruiz
Noguera Antonio Jiménez Millán Pedro
Molina Temboury Aurora Luque Isabel Pérez
Montalbán Juan Manuel Villalba Álvaro
García Esther Morillas

Selección e introducción
de José Antonio Mesa Toré

12

Litoral

El agua en la boca



Del mundo antiguo que pone a secar sus ropas en una higuera, versos del poema titulado «Málaga» de Jean Cocteau, apenas queda algo en nuestras costas. Muy poco, incluso, tienen que ver con las que vivió Cocteau en la década de los 50, cuando el turismo extranjero se asomaba tímidamente al litoral andaluz.

Hoy, entre la proliferación de complejos hoteleros, urbanizaciones gigantescas, torres que rascan el cielo, campos de golf por doquier y segundas casas para el veraneo, son un milagro las manchas de bosque mediterráneo junto al mar. ¿Dónde encontrar entonces una higuera, si también nuestros pueblos del interior se han contagiado de la fiebre turística y, en consecuencia, urbanística?

De aquel mundo antiguo, como reflejaba el poema de Cocteau, sólo sobreviven, al igual que en tantas otras culturas ribereñas del Mediterráneo, esos ojos de profundidad milenaria pintados en las proas de nuestras jábegas y, acaso, la luz. Esa luminosidad que azulea las cales de las casas, viejas y de nueva construcción, hasta causar dolor en los ojos de quien las mira sin defensa alguna tal vez no haya cambiado desde entonces. La luz, por ejemplo, de primavera anticipada en el invierno malagueño o los tonos magistrales de los atardeceres en septiembre. La luz vertida siempre sobre el mar y reflectada por él.

Quizás por culpa de esa luz, y también seguramente por esa manera tan andaluza, tan malagueña de vivir en el tiempo sin que el tiempo nos quite el sueño ni el gusto por la contemplación serena de las cosas, Málaga fue siempre buena tierra para la poesía.

A los poetas nacidos entre sus límites hay que sumar los que, no siendo de aquí, y son muchos, se dejaron atrapar por su luz, su tiempo, su mar y vayamos a saber por qué misterios. Algo que no debe extrañarnos, pues también han sido innumerables los viajeros y turistas, acaso menos aficionados al arte, que decidieron cambiar la nieve por el sol y las incomodidades de la gran ciudad por la calma de estos rincones.

Como un guiño a esa pacífica invasión foránea, de la que tanto hemos aprendido los nativos, he empezado esta antología poética sobre el mar de Málaga con el citado poema de Jean Cocteau, en su versión original, para cerrarla con la traducción que hizo el poeta malagueño José María Souviron, ambas publicadas en 1955 por la revista *Caracola*. El artista francés estuvo en varias ocasiones en estas playas y nos dejó muestras, tanto en lo literario como en las artes plásticas, de su talento creativo. Esas fructíferas visitas fueron recordadas en los 80 por otra publicación malagueña, *Puertaoscura*, en un artículo muy sugerente de Juan Carlos Jurado, que se acompañó de varias reproducciones de los cuadros y paneles que Cocteau pintó en Marbella, así como de la ilustración que hizo para el libro *Jábega* del poeta José Ruiz Sánchez y de la ya mencionada versión original del poema «Málaga».

Tras este texto, que pretende ser un mínimo espejo de esa Málaga cosmopolita acostumbrada al intercambio cultural, la antología presente es una muestra de cómo el mar de estas costas ha inspirado a sus poetas en el último siglo. Tanto a los que aquí nacieron como a los que decidieron afincarse en ellas —advertirá el lector que su número es parejo al de aquellos—, y a los que, sin estar en ninguno de estos dos grupos, tuvieron, sin embargo, una estrecha vinculación con la ciudad; así Lorca y Alberti, gracias a la actividad editorial del grupo malagueño de la generación del 27, capitaneado desde la mítica imprenta *Sur* por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

He tratado que los poemas seleccionados no lo fueran únicamente por el hecho de haber sido escritos por autores malagueños o vinculados, por diversas razones, a Málaga, sino que he basado mi compilación, además de en este motivo, en la prioridad de que los textos hayan captado algunos rasgos singulares de ese mar y de su costa, de manera que, más o menos directamente, las palabras de los poetas dejen adivinar que están hablando del litoral malagueño, aun cuando la mayoría lo trasciendan y universalicen.

Para coincidir con el plan de la antología «La poesía del mar», que ocupa el número de la revista, he partido en este suplemento de *El agua en la boca* del primer poeta malagueño antologado allí: Salvador Rueda.

El prolífico autor nacido en Benaque en 1857 dedicó numerosísimas composiciones a Málaga, por lo que es tarea difícil acertar en la elección. No obstante, creo que el soneto titulado significativamente «Mi patria» resume de forma inmejorable su amor por el litoral malagueño, desde Nerja a Estepona como no olvida precisar en el primer endecasílabo.

Después de Rueda, son los poetas de la generación del 27 los que reflejarán en sus obras la magia del mar cercano. José Moreno Villa, pintor, crítico de arte y poeta, escribió mucho sobre el mar pero casi nunca sin dar pistas del mar modelo que posaba. Del texto «Tres momentos del Parque de Málaga» traigo aquí el primero tan sólo por una leve pincelada lírica o por unos mínimos versos pictóricos sobre el puerto.

Igualmente Jorge Guillén, aunque nacido en Valladolid, prodigó en su obra la atenta y meditativa mirada sobre el mar. Tras el exilio, se instaló en un apartamento del Paseo Marítimo, rebautizado con el nombre de Pablo Picasso, y de esas magníficas vistas a la bahía surgió un poema que, con «Ciudad del Paraíso» de Aleixandre, sea tal vez hoy el más citado de todos los inspirados en nuestra ciudad. Me refiero a «Paseo Marítimo. Málaga», en el que el mar malagueño dibujado en la ventana es para el poeta un «Matisse constante».

«Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos...» comienza el célebre poema del Nobel Aleixandre, acaso tan célebre entre nosotros porque el Ayuntamiento lo ha aprovechado como reclamo turístico. El poeta sevillano, que pasó su infancia en Málaga, muchos años después va a evocarla «elevada a mito, dorada por la lejanía de tiempo y espacio», en palabras de Alfonso Canales. Pero, sumándose a este texto, otros del ciclo paradisíaco contienen también elementos de aquella geografía de la niñez: así este «Mar del paraíso» que el propio Aleixandre ha identificado con el de Málaga.

Ese mismo mar que dibuja Federico García Lorca en un delicioso apunte lírico titulado «En Málaga», donde el granadino, que pagaba un taxi para pasar unos días con sus amigos poetas de *Litoral* en las playas malagueñas, capta con gracia y nitidez la atmósfera disipada de los felices 20.

Del Puerto de Santa María, Rafael Alberti es sin discusión uno de los grandes poetas del mar. Rara vez no aparece el mar, o la mar, en sus versos. Junto a Tomás Morales y Pablo Neruda es, tal vez, el mejor cónsul hispano de todos los mares. El de su niñez y adolescencia le acompañó siempre, poniendo melancolía en las calles de Madrid, en la meseta castellana o en las ciudades del exilio. Sin posibilidad de pisar tierra española, escribió el poema «Retornos frente a los litorales españoles». Lo incluyo porque es el litoral que el Ministerio de Información y Turismo bautizó años más tarde con el nombre de Costa del Sol el que se retrata aquí. Aunque es el único poema que, por su trasfondo histórico introduce un tono de tragedia -la huida de Málaga a Almería durante la guerra civil y el asesinato de Lorca-, describe de manera insuperable el paisaje costero, siendo también el único de la antología en el que la perspectiva del poeta es desde el mar hacia la costa, pues está escrito a bordo del buque «Florida» cuando enfila la proa hacia el Estrecho y la nieve de la sierra de Granada parece reflejarse, gracias a la espuma, en el mar.

Los malagueños Emilio Prados y Manuel Altolaguirre fundaron la imprenta *Sur* muy cerca de los muelles, una imprenta con forma de barco de donde salió la revista

que dio alas a la poesía y al arte de la generación del 27. Con nombre, color azul intenso para la portada y dibujos inspirados en el mar, *Litoral* nació así acaso por la afición del grupo de poetas malagueños a frecuentar las playas y barriadas pesqueras. De todas, quizá sea la del Peñón del Cuervo la más emblemática, como se aprecia en los poemas escogidos de Prados y Altolaguirre. Existe una fotografía nunca publicada, que he podido ver en el archivo de Alfonso Sánchez Rodríguez, de un joven Hinojosa a punto de lanzarse al agua desde el rocoso trampolín del Peñón.

De Prados he seleccionado también un texto que retrata nítidamente el puerto y sus alrededores (la solitaria torre de la Catedral, las palmeras del parque, los faroles que ribetean los muelles...).

Pocos años antes del nacimiento de *Litoral*, Altolaguirre y José María Souviron habían creado la efímera revista *Ambos*. Los mismos motivos que recoge el poema de Prados aparecen en la «Canción de la llegada» firmada por Souviron, aunque del puerto y el colindante Paseo de los Curas los versos se adentran en otras calles del centro histórico.

El antequerano José Antonio Muñoz Rojas, miembro de una generación poética posterior, la del 36, es poeta más inclinado a cantar la hermosura de los olivares, de las herrizas, de sus queridas y sencillas cosas del campo que la del mar. Al lector tal vez le extrañe mi elección, pues «A un poeta ausente» se centra en la evocación de Emilio Prados, pero hay en este texto bellísimas descripciones del paisaje marino que vivió Prados junto a otras del mundo rural que tan bien conoce Muñoz Rojas. Es como un lírico descenso desde las tierras altas de la vega antequerana hasta la suavidad de la hoya de Málaga y sus litorales.

Carlos Rodríguez-Spiteri escribió un libro de 170 poemas titulado *Málaga*, dedicado, por entero, como ya anuncia el título, a cantar las bondades de esta tierra. Muchos, por lógica, reflejan distintos escenarios marinos, como este «Paseo marítimo» de la ciudad.

Juan Bernier, nacido en la provincia de Córdoba, poeta también de la generación del 36 aunque vinculado por magisterio al grupo *Cántico*, retrata en sus versos una de las barriadas malagueñas con más solera y por la que él sintió un acendrado amor: El Palo.

Llegados hasta aquí, he de reconocer mi deuda con el hermoso libro *Málaga en la poesía*, con introducción y selección de Alfonso Canales y al cuidado del maestro impresor Ángel Caffarena, que fue publicado por el Ayuntamiento de la ciudad en 1987. He copiado de él muchos de los poemas comentados hasta ahora y algunos datos valiosos sobre los autores seleccionados por mí.

Continuando la antología casi en el mismo punto en el que dejaba Alfonso Canales la suya -aunque ésta referida sólo al tema del mar-, Francisco Giner de los Ríos, nacido en Madrid pero unido a Málaga por orígenes familiares, se instaló en Nerja al volver del exilio, calle de Carabeo. Enamorado del mar, escribió numerosos versos sobre esa conocidísima porción de Mediterráneo.

El propio Canales publicó en 1979 un libro titulado *El puerto*. De sus páginas tomo el fragmento II del poema del mismo título que el del libro. Hay en él referencias a una torre blanca y a un castillo que corona el verde monte que son postal clara de la Farola y la fortaleza de Gibralfaro.

Hace varias décadas, Pablo García Baena cambió la campiña de Córdoba por nuestros litorales, abriendo una almoneda en Torremolinos. Entre tapices e iconos, este barroco poeta angelical escribió unos versos memorables sobre la calle malagueña en donde vivió Aleixandre, hoy calle de Córdoba. De García Baena me he decidido por el poema «Jardín de la pintura» que, aunque nos habla de un mar de óleo, obra de la pintora malagueña Mari Pepa Estrada, recuerda historias y rincones de la ciudad, como el puente que los alemanes construyeron sobre el río Guadalmedina en agradecimiento al pueblo de Málaga por su heroica ayuda a los náufragos de la fragata *Gneisenau*.

Manuel Alcántara, entre sus dos ciudades: Madrid y Málaga, o viceversa, hace gala día a día de su malagueñismo cosmopolita desde sus columnas periodísticas y sus versos, como en el soneto «Vuelta a la mar de Málaga», lleno de melancolía por la niñez casi borrada por el tiempo.

Enrique Molina Campos, natural de Madrid pero vinculado a Málaga por su esposa, se integró en la vida y en la frenética labor literaria de la ciudad, dando cuenta en sus versos de experiencias cotidianas. El poema «Luz de domingo» es un recorrido muy plástico por la franja de litoral que se extiende desde el Paseo Marítimo, pasando por La Caleta, hasta la playa de La Araña, unos metros de espuma más allá del Peñón del Cuervo.

Nacido en Montoro (Córdoba), el dramaturgo Miguel Romero Esteo, dueño de un estilo personalísimo e insólito en nuestras letras, vino a vivir a un caserón en el callejón de Santa Catalina al que, por el intenso tráfico motorizado, ya no llega la música de las olas cercanas. Creó aquí, desde las aulas de la Universidad, colecciones poéticas de tanto sabor marinero como los Cuadernillos del grumete o los Cuadernos de la marinería. Y escribe poemas de tema marino, reunidos en el *Romancero del mar y los barcos*, donde mezcla el rumor de la nostalgia con abundantes apuntes humorísticos.

Desde la casa de María Victoria Atencia y Rafael León, en el Paseo de la Farola, las vistas son casi idénticas a las que se disfrutaban en la cubierta de un barco cuando entra en el puerto. María Victoria ha captado en sus elegantes alejandrinos o en mínimos poemas la dorada luz del trigo sobre los muelles, el continuo centellear de palomas o el vientre de los buques que parecen atracar en los ventanales del salón. De esa cercanía nos habla en el poema «Mar».

No lejos de allí vivió un mago de la palabra, lúdico, sensual y fantasioso. Poeta apasionado por lo breve, compuso cientos de aforismos, de greguerías en las que brillan con rara belleza los retruécanos de la imaginación. Rafael Pérez Estrada, desde las alturas de su apartamento, contempló las estampas diarias de la vida en

torno al mar, sublimándolas luego en sus escritos. Un paseante o un deportista pueden acelerar el corazón de la poesía, sobre todo si es la hora inglesa del Mediterráneo.

José Infante, nostálgico en Madrid de su tierra natal, evoca, como Muñoz Rojas, la figura de Emilio Prados y vuelve sobre los felices días del grupo malagueño del 27 junto al una y otra vez nombrado Peñón del Cuervo.

El librero y editor de primorosas ediciones artesanales Francisco Cumpián publicó un escueto cuaderno de poemas titulado *Mar*, número 1 de la colección «Suelos del mar», que, con una emoción lírica muy pura, ofrece pinceladas de sencillas escenas playeras, como este «Mar con niña».

Francisco Ruiz Noguera es autor de una estupenda serie de composiciones sobre la bahía. Recojo aquí, sin embargo, un poema anterior, integrado también en una sección que tiene al mar por protagonista, en el que los ojos de un niño se maravillan al descubrir el azul del Mediterráneo más abajo de los cañaverales y de las tierras de labor de su Frigiliana natal.

El granadino Antonio Jiménez Millán ha incluido en más de una ocasión los paisajes del barrio en donde vive, Pedregalejo, en sus poemas. «El balneario» es uno de los textos más inspirados que conozco sobre la belleza de la bahía. Los versos, que se elevan para reflexionar sobre las contrariedades del amor y el paso del tiempo, nos dibujan las columnas truncadas y la atmósfera decadente y de abandono de los Baños del Carmen, casi emparentados por el poeta con las ruinas clásicas.

Rescato de la revista malagueña *Silvestra* uno de los poemas de la serie «Marinas» de Pedro Molina Temboursy, en el que la mirada apunta a esas walkirias que desde los años 60 han perturbado los instintos de los nativos, con sus cabelleras rubias y sus desnudeces.

La almeriense Aurora Luque, afincada desde hace tiempo en nuestra ciudad, ha dedicado muchos poemas al antiguo mar de los griegos y algunos a esta costa, como «Casino junto al mar» o «La marinería». «Poetas en el puerto» se basa en una experiencia muchas veces repetida y en la que he participado en alguna ocasión: cerrados todos los bares en la madrugada malagueña, sólo era posible alargar la ebridad literaria de la noche en el bar de la lonja, donde convivían armoniosamente las vestimentas más dispares y los temas de conversación más insólitos hasta clarear el alba.

De la cordobesa Isabel Pérez Montalbán copio un pequeño fragmento de un poema extenso, «Los genes australes», que reflexiona sobre la seducción que ejerce el Sur y viaja por otras ciudades y regiones marítimas (Lisboa, Barcelona, Galicia...). Lo traigo aquí porque es una perfecta definición de Málaga.

Junto al hotel Miramar, hoy sede de los juzgados, pasó su niñez y adolescencia Juan Manuel Villalba. No es extraño que a fuerza de contemplar la bahía desde la ventana de su habitación nos haya dejado este apunte sobre los petroleros que hasta hace bien poco, no pudiendo anclar en el puerto, dormían como cetáceos de metal oxidado frente al Paseo Marítimo.

Algunos detalles urbanos de El Limonar, el barrio donde siempre ha vivido, se pueden intuir en los primeros poemas de Álvaro García. Además de poeta y traductor, Álvaro lleva años observando minuciosamente los latidos de la ciudad a través de sus columnas periodísticas. Un hecho real, el naufragio de una embarcación en el Estrecho, le sirve para reflexionar, primero en las páginas del periódico y después en un poema, sobre la relación indisoluble entre el mar y los hombres.

Esther Morillas, la última de los poetas antologados, nació en Jaen y reside ahora en Nerja. Unas leves pinceladas descriptivas son suficientes para expresar un estado de ánimo junto a las animadas orillas del paseo marítimo.

Por supuesto, muchos otros poetas se han parado a contemplar el misterio infinito y la belleza del Mediterráneo en Málaga, pero creo que esta pequeña muestra vale para ofrecer una idea clara de cómo este mar ha dejado su huella en los escritores que han vivido junto a él. Como celebración del 75 aniversario del nacimiento de *Litoral*, el suplemento actual de la revista, *El agua en la boca*, dedicado hasta ahora a promocionar y difundir en cada número la obra de un artista malagueño, varía en esta ocasión, recogiendo poemas de una treintena de autores y fotografías de Ignacio del Río, para sumarse al homenaje que la revista le rinde al primer causante de su existencia, el mar.

José Antonio Mesa Toré



Jean Cocteau
Francia. 1892-1963

Málaga

La mer courait après la mer c'étaient les vagues
La barque avait cet oeil des morts égyptiens
Et l'oeil lui permettait de recoiffer ses algues
Ma paume grande ouverte au profil des gipsies.

Le vieux monde séchait son linge sur les branches
D'un figuier sec d'où le corps du pendu tomba
Sans émouvoir l'oeil de la sirène de planches
Ni relever des gitanes le profil bas.



Salvador Rueda

Benaque, Málaga. 1857-1933

Mi patria

Riberas desde Nerja hasta Estepona,
costas que encierran mi niñez, mi vida:
¡Con qué esplendor en vuestra mar bruñida
destrenza el sol la luz de su corona!

Un himno grande vuestra tierra entona,
que recogí en el alma estremecida,
viendo el tumbo del agua sacudida,
que en las peñas sus lirios desmorona.

Todo es en ti soberbio, patria amante;
sobre tu costa, el cielo rutilante
de luz se ornó más puro y más bendito.

Y las ondas, que elevas y desmayas,
cantan a Dios rodando por las playas,
como un tropel de lenguas infinito.

José Moreno Villa

Málaga. 1887-1955

Tres momentos del parque de Málaga

I. Los vagos duermen

Mediodía. Es el muelle, calcinado de sol,
fondo rojo y dorado de un inmenso perol.
Los castaños alargan sus brazos, y el paseo
queda bajo el dominio sedante de Morfeo.
¡Hay siempre tanta gente que no tiene qué hacer!
Depreciadores del trabajo,
epicúreos de ayer,
dejan pasar la vida tendidos boca abajo.

Jorge Guillén

Valladolid. 1893-1984

Paseo Marítimo, Málaga

La luz —entre cielo y mar—
Se filtra por la persiana.
Quiere sólo murmurar
Este cotidiano hosanna.

El balcón es ya un resumen
Del horizonte marino,
Ancho y largo, sin volumen.

El centelleo no abrasa,
Platea. Yo lo percibo
Como un ondear, cautivo
En una pared de casa.

Mar azul, ahí delante,
Contemplo entre los barrotes
Del balcón. Matisse constante.

Vicente Aleixandre

Sevilla. 1898-1984

Mar del Paraíso

Heme aquí frente a ti, mar, todavía...
Con el polvo de la tierra en mis hombros,
impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre,
heme aquí, luz eterna,
vasto mar sin cansancio,
última expresión de un amor que no acaba,
rosa del mundo ardiente.

Eras tú, cuando niño,
la sandalia fresquísima para mi pie desnudo.

Un albo crecimiento de espumas por mi pierna
me engañara en aquella remota infancia de delicias.
Un sol, una promesa
de dicha, una felicidad humana, una cándida correlación de luz
con mis ojos nativos, de ti, mar, de ti, cielo,
imperaba generosa sobre mi frente deslumbrada
y extendía sobre mis ojos su inmaterial palma alcanzable,
abanico de amor o resplandor continuo
que imitaba unos labios para mi piel sin nubes.

Lejos del rumor pedregoso de los caminos oscuros
donde hombres ignoraban tu fulgor aún virgíneo.
Niño grácil, para mí la sombra de la nube en la playa
no era el torvo presentimiento de mi vida en su polvo,
no era el contorno bien preciso donde la sangre un día
acabaría coagulada, sin destello y sin numen.
Más bien, con mi dedo pequeño, mientras la nube detenía su paso,
yo tracé sobre la fina arena mojada su perfil estremecido,
y apliqué mi mejilla sobre su tierna luz transitoria,
mientras mis labios decían los primeros nombres amorosos;
suelo, arena, mar...

El lejano crujir de los aceros, el eco al fondo de los bosques partidos por los
hombres,
era allí para mí un monte oscuro pero también hermoso.
Y mis oídos confundían el contacto heridor del labio crudo
del hacha en las encinas
con un beso implacable, cierto de amor, en ramas.

La presencia de peces por las orillas, su plata núbil,
el oro no manchado por los dedos de nadie,
la resbalosa escama de luz, era un brillo en los míos.
No apresé nunca esa forma huidiza de un pez en su hermosura,
la esplendente libertad de los seres,
ni amenacé una vida, porque amé mucho: amaba
sin conocer el amor; sólo vivía...

Las barcas que a lo lejos
confundían sus velas con las crujientes alas
de las gaviotas o dejaban espuma como suspiros leves,
hallaban en mi pecho confiado un envío,

un grito, un nombre de amor, un deseo para mis labios húmedos,
y si las vi pasar, mis manos menudas se alzaron
y gimieron de dicha a su secreta presencia,
ante el azul telón que mis ojos adivinaron,
viaje hacia un mundo prometido, entrevisto,
al que mi destino me convocaba con muy dulce certeza.

Por mis labios de niño cantó la tierra; el mar
cantaba dulcemente azotado por mis manos inocentes.
La luz, tenuamente mordida por mis dientes blanquísimos,
cantó; cantó la sangre de la aurora en mi lengua.

Tiernamente en mi boca, la luz del mundo me iluminaba por dentro.
Toda la asunción de la vida embriagó mis sentidos.
Y los rumorosos bosques me desearon entre sus verdes frondas,
porque la luz rosada era en mi cuerpo dicha.

Por eso hoy, mar,
con el polvo de la tierra en mis hombros,
impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre,
heme aquí luz eterna,
vasto mar sin cansancio,
rosa del mundo ardiente.
Heme aquí frente a ti, mar, todavía...

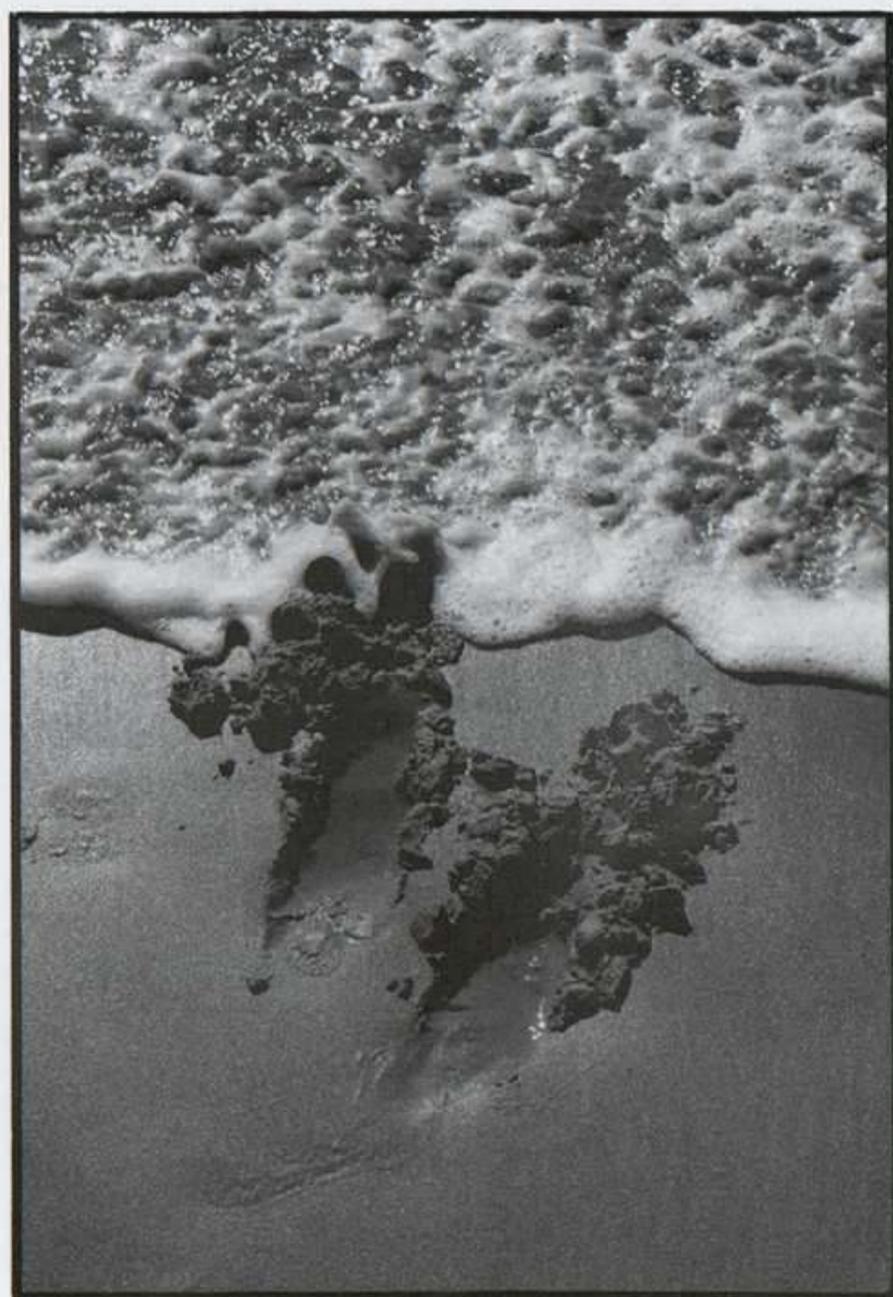


Federico García Lorca

Fuentevaqueros, Granada. 1898-1936

En Málaga

Suntuosa Leonarda.
Carne pontifical y traje blanco,
en las barandas de «Villa Leonarda».
Expuesta a los tranvías y a los barcos.
Negros torsos bañistas oscurecen
la ribera del mar. Oscilando
—concha y loto a la vez—
viene tu culo
de Ceres en retórica de mármol.



Emilio Prados

Málaga. 1899-1962

Transfiguración junto al mar (Peñón del Cuervo, 18 de julio)

¿EL barco?...
¿La piedra?...
¿El sol?

(Silencio)

En la noche abierta
todo huele a corazón:

¡El barco!
¡La piedra!
¡El sol!

Noche en urna

(Puerto de Málaga, 3 de enero)

La ciudad se desgrana de vidrios y faroles.
El jardín se destila en delgadas palmeras...
Las pisadas descalzas del reloj, en la torre,
laten acompasando a la esponja y la estrella.

Clavan las barandillas en la sombra sus peines.
La jaula del pañuelo se oculta en la ventana.
Brújula y abanico bajo el sueño se mienten
y, negándose, cruzan de barco a flor sus cartas.

Los pájaros se vierten detrás del horizonte
y desnudos de plumas descansan del milagro:
La voz muda del miedo sus quejidos esconde
en la oscura campana sin lengua del espacio...

Su torneo los tiempos luchan en contrapuesta
sobre negros veleros jinetes bergantines:
empuñando sus lanzas —la grímpola de seña—,
por un guante de luna para el agua compiten.

Cuatro esbeltos luceros se llevan muerto al viento
tendido sobre el eco como un pálido junco
y, el agua, busca ausencias para sus finos duelos,
tapada en los reflejos transparentes del luto.

Queda el alma del viento en pena y en olvido
bajo la madrugada llenando caracolas.
Pulimentan la piedra los pinceles del frío
y, el fósforo, resbala hueco, sobre la hora.

Cuerpo en pena del alma, una sombra en el muelle,
razonando sigilos, repasa las penumbras:
hurta sus mercancías al sueño, se detiene,
se ausenta y, vuelta al pensamiento, en él se oculta.

Ahueca sus caudales y, en cáscara de barco,
se le va el corazón por mapa de recuerdos
—pirata de albedríos por él mismo apresado
en alta mar del ansia sin cadenas del cielo—...

Termina su viaje de sueño, se deslía

y su botín de lunas y perfiles ordena.
La sombra, fecundada, el rumbo de la huída
ve por fin y, ocultándose, al puerto oculta en ella.

Al espejo los juegos y el milagro preguntan
la polar de algún nombre que oriente sus verdades...
Miro yo y en él veo, dibujado en la luna
—corazón de su mundo—, mi cuerpo sin imagen.

Se desclava la noche de la pared helada
que sostuvo sus brillos en silencioso encuentro.
Se derrama en el blanco recinto de mi alma
que, aguardaba tendida, su mansa flor de tiempo...

Y los duelos del agua se vuelven alegrías
—luz que sin laberintos canta libre sus rayos—:
perfuma la memoria deshojada en sonrisas
y la caja del luto cambia por cristal claro.

La ciudad desgranada oculta sus faroles.
El jardín renacido deshila sus palmeras.
Abrocha su flor blanca el reloj en la torre
y en sus playas se olvida la esponja de la estrella..

Huye el tiempo y, el agua, vuela por detenerlo.
¡Entra bajo mi alma toda la luz del sueño!

Rafael Alberti

Puerto de Santa María, Cádiz. 1902-1962

Retornos frente a los litorales españoles
(Desde el «Florida»)

Madre hermosa, tan triste y alegre ayer, me muestras
hoy tu rostro arrugado en la mañana
en que paso ante ti sin poder todavía,
después de tanto tiempo, ni abrazarte.

Sales de las estrellas de la noche
mediterránea, el ceño de neblina,
fuerte, amarrada, grande y dolorosa.
Se ve la nieve en tus cabellos altos
de Granada, teñidos para siempre
de aquella sangre pura que acunaste
y te cantaba —¡ay sierras!— tan dichosa.
No quiero separarte de mis ojos,
de mi corazón, madre, ni un momento
mientras te asomas, lejos, a mirarme.
Te doy vela segura, te custodio
sobre las olas lentas de este barco,
de este balcón que pasa y que lleva
tan distante otra vez de tu amor, madre mía.
Este es mi mar, el sueño de mi infancia
de arenas, de delfines y gaviotas.
Salen tus pueblos escondidos, rompen
de tus dulces cortezas litorales,
blancas de cal las frentes, chorreados
de heridas y de sombras de tus héroes.
Por aquí la alegría corrió con el espanto.
Por ese largo y duro
costado que sumerges en la espuma,
fue el calvario de Málaga a Almería,
el despiadado crimen,
todavía —¡oh vergüenza!— sin castigo.
Quisiera que miraras pasar por jubiloso
lo mismo que hace tiempo
era dentro de ti,
colegial o soldado,
voz de tu pueblo, canto ardiente y libre
de tus ensangrentadas,
verdes y altas coronas conmovidas.
Dime adiós, madre, como yo te digo,
sin decírtelo casi, adiós, que ahora,
ya otra vez sólo mar y cielo solos,
puedo vivir de nuevo, si lo mandas,
morir, morir también, si así lo quieres.

José María Souviron

Málaga. 1904-1973

Canción de la llegada

¡Alegría de pasear otra vez
entre dos filas de palmeras,
por el Paseo de los Curas
cuando la clara tarde sueña!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de andar otra vez
por encima de la escollera,
viendo a un lado la mar bravía
y al otro el puerto de aguas quietas!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de ver otra vez
los árboles de la Alameda
y oír millares de gorriones
saludando al sol que despierta!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Alegría de oír otra vez,
cuando baja la noche serena,
las campanadas del reloj
cayendo en la fuente de piedra!

(¿Alegría sola, o quizás
también un poco de pena?)

¡Y alegría de sentir otra vez,
junto a la mar azul y nuestra,
el sabor de la misma sal
que el bautismo puso en mi lengua!

(¡Alegría con sal, alegría
verdadera!)

Manuel Altolaguirre

Málaga. 1905-1959

Tarde

El horizonte tiene
insectos y fragatas;
su piel de pez de río,
con sus cinco colores,
empalizada pone
al mar Mediterráneo,
que, espumas renovando,
con sus encajes borra
las pisadas gemelas
que dejas en la playa.
Algas del viento son
las cañas litorales,
cuyo sonidos se une
al de las caracolas.
Como habichuela abierta
mostrando su semilla,
la jábega te enseña
sus fuertes remadores.
Si tus trenzas crecieran
rubias y horizontales,
qué buen faro serías
sobre el peñón del Cuervo,
cuando, enlutado el mundo
por la muerte del día,
el capitán del barco
una luz necesite.
Acariciando arenas
con tus pies y tu sombra,
esperas al marino
que, en bandeja con remos,
el mar ha de ofrecerte,
sin saber que tu amante
vive ya en otro mundo,
gozando la luz verde
del fondo de los mares.

José Antonio Muñoz Rojas

Antequera, Málaga. 1909

A un poeta ausente

Tu memoria conmigo en esta tierra
que tanto amaste, Emilio, me acompaña.
Sobre este mismo mar de tanto azul
que no ha dejado un día de tu ausencia
de preguntar por ti con ola y ola,
bajo este mismo cielo que ni un día
dejara tu recuerdo sin amparo,
por este mismo aire que no encuentra
ninguna soledad como la tuya,
ni corazón que mueva por sus altos
latido semejante.

Por las guijas
de tus playas, perfiles de tus montes,
que hacen puro temblor el sol poniente,
por cañadas hondísimas sin agua,
arroyos de adelfares donde late
hondo bajo lo seco un filo eterno,
que une las altas sierras a los mares,
cubriales pobrísimos, pizarras,
ruinas de viñedos y lagares,
almendrales fantasmas, que le prestan
alguna leve nieve a estos inviernos,
entre estas sierras puras que rodean
tu ciudad maternas, entre estas
cosas que no se van, que van por dentro,
y tan seguras, entre lo que pasa,
algo queda por siempre: la memoria.

Sentimos que el instante se nos queda
inmóvil con aquellos que se quiere,
pura piedra en la sierra, agua perdida,
fuego ardiendo perenne, mar inmóvil,
dureza de un espejo conmovido
por la sola visión de la belleza,
justo instante de amar que a los humanos

nos hace eternos, ángeles acaso
parados en el aire de las horas.

Yo siento el aire vivo con nombrarte,
el corazón caliente con sentirte,
más bello este paisaje que aquí sigue
con soledad de ti, con su hermosura
sin tasa a tu llamada. ¿No lo sientes?

Carlos Rodríguez-Spiteri

Málaga. 1911-2001

Paseo marítimo

Hoy; ajuar del sepulcro de las redes,
tapón ciego, aletas y escamas gruesas
entre fragancias de salazón y salmuera.
Rodeada de cadenas, líquido que se escurre,
búzanos y ribetes en la espina de los peces.
Cortada al fuego, raíz pelada, polvo,
sentada en el suelo, banco de voces,
nave de barro, cerrada como una concha.

Mañana; vida que surge de las rocas,
suelo estable, hoyo sacado de la espuma.
Aguas en la dársena, collar de jade,
lugar de claridad para las gaviotas.
Paisajes que se abren en el mar,
puerta y evaporación del agua salada.
Puente en el cielo de los pájaros,
para llamar a las nubes que pasan de lejos.

Juan Bernier

La Carlota, Córdoba. 1911-1989

El Palo

Húndeme en tu cielo oscuro.

Que me espinen tus raspas de pescado,
que me manchen tus grasas de motoras,
que me rocen los húmedos harapos de tus velas,
que me escupa saliva tu mar de rotas caracolas.

Oh Palo, tapia, choza, ghetto del agua y de la arena.

Palo de cal y alfombra de luto soleado
que esculpen pies desnudos, pies de oro
en peces muertos de podrido aroma
que la albahaca aliña en tálamos de espumas.

Palo de Málaga, delirio de chumberas,
zoco de ausentes pinos, de diedros y de latas. El monte te corona
con falos de esmeralda, enhiestas pitas,
la adolescente urna jesuítica. Arriba, abajo, mar y monte;
en medio el dios Pan de la almeja y de la sardina,
el chiquillo del Palo, el cautivo de arriba que mira al mar,
y el de abajo a quien el mar mira...

Húndeme, Palo, en tu delirio de sal y sexo embravecido,
llévame arriba al sueño del cautivo,
al lecho adolescente que copula con el oscuro macho del mar.

Llévame al pescador chiquillo
que huele la valva, la axila y el seno de la espuma.

Francisco Giner de los Ríos

Madrid. 1917-1990

Mar en Nerja

Atardecer brumoso
cuando paseo.
Huele a jazmín y rosa,
a frescura del huerto.
Mis ojos se quedan
en las manchas verdosas
de las frágiles cañas,
de la morera cansada,
en el júpiter rosa
—mancha de sangre clara
sobre el chirimoyo oscuro—,
en el blanco alegre
de los jazmines
y en el verde triste
de las higueras.
Y se ve a lo lejos,
entre las hojas amarillas
de los plátanos
indolentes y melancólicos,
la mancha gris
de un mar risueño de luna.

Atardecer brumoso
cuando paseo.
¡Cómo huele a huerto!

Alfonso Cánales

Málaga. 1923

El puerto

II

Existió, sí, la vimos,
cuando apenas soltadas las amarras
disolvíanse en niebla los pañuelos:
allí estaba la piedra
firme, el largo espigón que no quería
desasir a la nave
y fue dándole fuego hasta que todo
se trocó en soledad (nunca partiéramos).
Aquella torre blanca y aquel castillo encima
del verde monte, estaban, no eran figuraciones
del recordar. Hacía
muy poco tiempo que sus sombras daban
el lugar de la paz y del abrazo,
el sitio de la espera y la llegada
de lo esperado. Casi
no se mecía el lago
espejeante, a trechos decorado
con reflejos de óleo y gaviotas.
Nunca, nunca partiera al indeciso
tráfico, carenada contra el miedo
a la aventura (oh sueños
de juventud), el arca repintada
para dudosas bodas con las desconocidas
islas: templos de gloria
por conquistar, hostiles laberintos
luego. En alguna parte
se encuentra todavía aquella casa
con el prelude del zaguán oscuro,
con el cuadro de luz del patio, con la
cerrada huerta en la que florecían
la menta y dompedro, con la estancia
sombria: aquella estancia en cuyas cales
bullían los temblores
del puerto.

Pablo García Baena

Córdoba. 1923

A Mari Pepa Estrada

Jardín de la pintura

Imaginas al niño que abandona el velero
a la incipiente ola
y en el corcho se alejan los veranos remotos,
las velas de la infancia izadas al recuerdo
de Arturo Gordon Pym.
Un niño solitario desde el óleo te habla
nuevamente, en la playa de amarillentas sílices.
Revive en estos cuadros,
donde el color fulgura como una flor reciente
de ignorado perfume,
la provinciana crónica de una ciudad «primera
en el peligro de la libertad».
Y están las baronesas bálticas y suaves
en el confort cubista de «La Cosmopolita»,
la lencería secreta, la amatista signando
a píos congregantes
y la sangre del Rif lamiendo por las calas.
Erguida, negra, dura,
entre las colocasias del parque, cineraria
una piedra memora el oleaje
irascible en el ponto con un doble naufragio:
los cadetes del káiser y el orgullo teutón
en la fragata audaz que abatió el infortunio.
Como lémures vagos en las tiras de vidrio
de una linterna mágica
vuelven, pasan historias al rompiente del tiempo.
Junto a ese mar que espumas delinean,
en la movable arena edificaste vida;
el mar verde, en sosiego, grisáceo, turquí, lene.
A veces te parece la campiña de Córdoba.

Manuel Alcántara

Málaga. 1925

Vuelta a la mar de Málaga

(Rincón de la Victoria)

Vine a la mar dudando si estaría
donde yo la dejé: junto a la raya
donde la espuma eventual acalla
su antigua discusión con la bahía.

Llegué a la mar. Estaba todavía.
Ella lo mismo y yo distinto. Vaya
una cosa por otra y, por la playa,
vayan las dos en busca de aquel día.

Vine a la mar y me encontré en la arena
—niño llevando cubos a la pena
y palas a la orilla del verano—.

Me hice a la mar, estando hecho al recuerdo,
por perderme otra vez como me pierdo
junto al que fui, cogidos de la mano.

Enrique Molina Campos

Madrid. 1930-1994

Luz de domingo

Paseo Marítimo arriba, camino de La Araña,
a todo gas la moto del amigo, el viento de levante
batiendo en las mejillas como un paño mojado,
la luz, la luz entera, incendiada y extática,
el desmedido corazón del muchacho doliéndose
de sus propios extremos, las esquivas
niñas de La Caleta, hieráticas y gráciles, bajando
de la misa de doce de San Miguel, ¿y dónde
tú, dónde tu largo pelo negro con su flor arriba,

la oscurísima brasa de tu mirada, tu alma —ese laberinto de arcanas maravillas—, dónde tu cuerpo todo, su humana proporción de ramo y ánfora y su frescor de fronda recién llovida, dónde tu voz de dulce telefonía, dónde tú, sustantiva criatura solar?, el mar, al largo del Paseo Marítimo hacia La Araña, verde y fragante, azulgris en los confines, fúlgido, agonizando —también se muere el mar— a su eterna manera reidora la moto a todo gas, qué hermoso el mundo pero qué ajeno, y sin embargo existen entusiasmados modos de posesión, no alegres pero hondísimos modos que afligiendo al muchacho lo hacen arrebatadamente feliz, secretamente cierto de sí para sí mismo, blancas casillas de los pescadores junto a la vieja vía del tren y sus menudas estaciones, luz de los vastos cielos, luz del mar descompuesta en infinitos brillos, ¿entre qué ásperas rocas estás dando a las aguas tu cuerpo victorioso?, ¿dónde estás, dónde estás?, la mañana se acaba, el sol empieza a enfurecerse, ¿cuándo dirás: Soy yo, reconóceme y vente?, camino de La Araña, Paseo Marítimo arriba, Málaga ya muy atrás con su neblina, con el tiempo en su adentro y la vida sonándole desmañadamente a domingo.

Miguel Romero Esteo

Montoro, Córdoba. 1930

de chiquillo me iba yo
arriba de la consola
y orilla del santo cristo
cogía la caracola,
y arrimándome al oído
su bulto de pincho y bola
por mitad de hueco el nácar
y su boca de farola
primero llegaba un barco,
luego llegaba una ola,
y del corazón obscuro
del agua rola que rola
luego a lo lejos se oía
toda la mar, grande y sola.

María Victoria Atencia

Málaga. 1931

Mar

Bajo mi cama estáis, conchas, algas, arenas:
comienza vuestro frío donde acaban mis sábanas.
Rozaría una jábega con descolgar los brazos
y su red tendería al palo de mesana
de este lecho flotante entre ataúd y tina.
Cuando cierro los ojos, se me cubren de escamas.

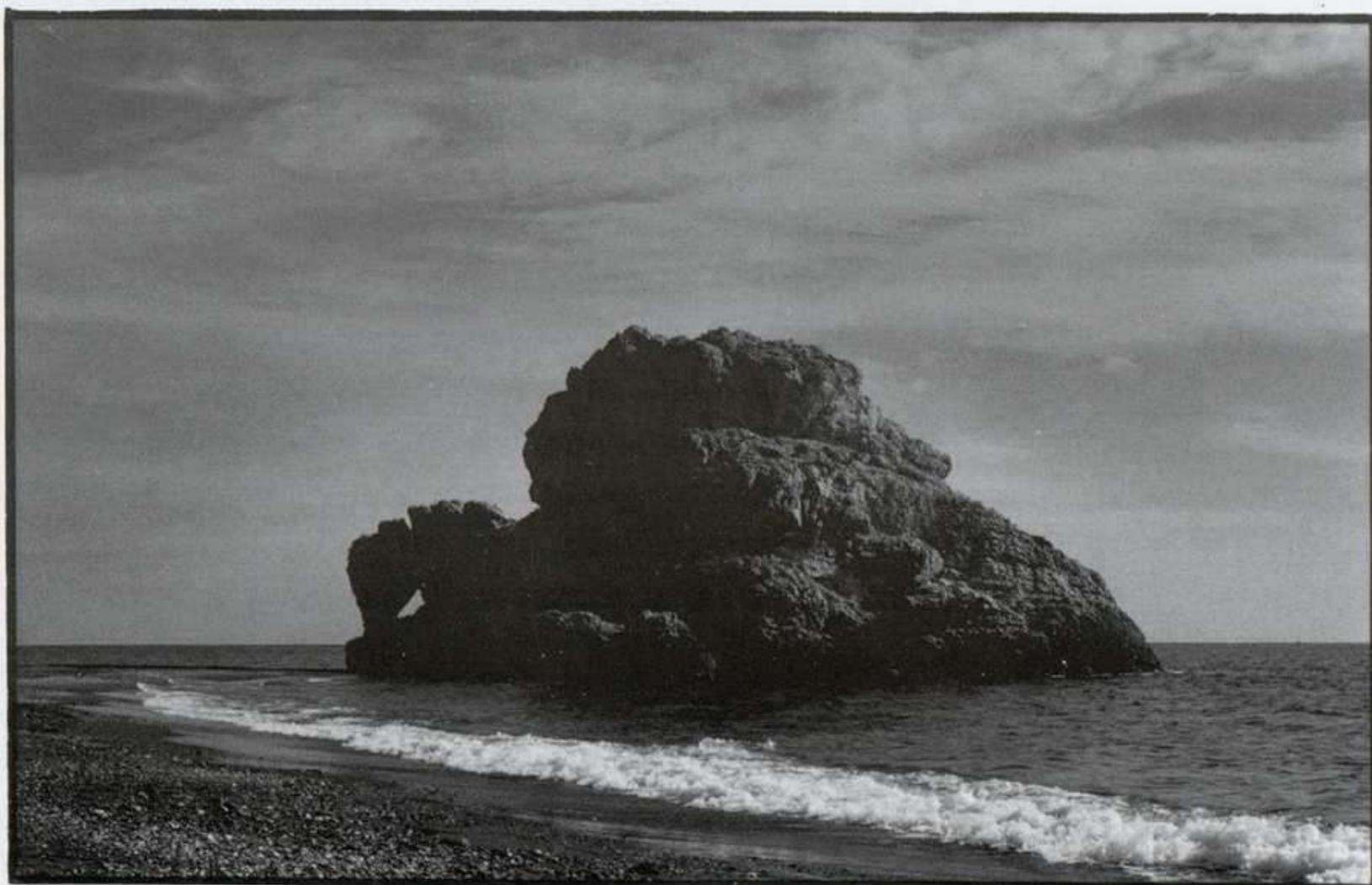
Cuando cierro los ojos, el viento del Estrecho
pone olor de Guinea en la ropa mojada,
pone sal en un cesto de flores y racimos
de uvas verdes y negras encima de mi almohada,
pone henchido el insomnio, y en un larguero entonces
me siento con mi sueño a ver pasar el agua.

Rafael Pérez Estrada

Málaga. 1936-2000

Todas las mañanas, de un blanco impecable, casi luminoso, casi anuncio del blanco, pasea por el marítimo un joven seguido fielmente por un samoyedo suave como la polvera de una antigua corista. La ropa: jersey de lana (manos pascuales parecen haberlo tejido), pantalón de tenis limitando con el bronce agilísimo de las piernas, y playeras; su olor, una inquietante mezcla donde lo limpio halla la medida de la nostalgia en un toque sólo posible al abrir a mar despejado los secretos de una cómoda de barco y alcanfor.

Este joven a nadie oculta su condición de mártir, de Tarsicio mediterráneo, y algunas mujeres se rinden a su paso. Sólo las más osadas intentan abrazar su abandono. Cada noche reparte su presencia en sueños solitarios, y es más leve, más íntimo, más estrella fugaz.



José Infante

Málaga. 1946

Peñón del Cuervo

(Homenaje a Emilio Prados)

Todo el mar es soledad.

E. P.

He venido hoy, paseante fugaz,
hasta esta roca donde, cansado como un río,
venías, soñando de la muerte su memoria,
donde acaso dormiste sobre la hierba-espuma
tu solitario modo de estar vivo.

He venido, en tarde solitaria,
hasta el Peñón donde, con cansancio de arroyo,
arrastró de la vida sus cenizas,
donde tal vez, echado en estas olas,
pueda nacerme donde acaba el dolor, la voz de la
alegría.

He venido, cuerpo de soledad,
hasta la peña donde aún vaga tu sombra
en las noches sin luna, donde navegan aún,
de dos en dos, tu soledad y el mar,
unidos en el tiempo, donde,
perdido definitivamente por el sueño,
tu cuerpo perseguido me acompaña.

Francisco Cumpián

Málaga, 1951

mar con niña

El mar
mi mar la arena
la calidez del sol

El verde azul
tan verde
inmenso mar calmado

Hidropedal varado
María sobre ti
su rubio pelo fino
es un regalo al viento

El mar por un momento
se aparta tiernamente
y vuelve cual torrente
de espuma estremecida

Tan cerca de mi vida

Francisco Ruiz Noguera

Frigiliana, Málaga. 1951

III

Accedimos al mar más adelante.
Debió ser por San Juan, cuando todos bajaban
a cumplir con el rito de los baños.

A través de un camino oscurecido
por los cañaverales, con el pequeño hornazo
guardado en la talega lo avistamos.

Nos dejaba, por fin, el mediodía
ante un mundo ignorado, con asombro en los ojos
y los pies apresados en la arena.

Pedro Molina Temboury

Málaga. 1951

Marinas

V

En la secreta cala, una muchacha
de breve pecho y de cintura leve
deja un rastro de perlas en el agua.

Ajena está la ninfa naturista
a sátiros y faunos emboscados
entre riscos y peñas.

Ave del paraíso la walkiria
que soñábase sola en esa playa
bajo una hambrienta turba de mirones.

Aurora Luque

Almería. 1962

Poetas en el puerto

Ensayan los poetas
en el laboratorio ficticio de la noche
la tensión entre vidas y palabras.
Redes fosforescentes atrapan la ciudad
y hay una consistencia de oráculo en el aire:
sensación de poema necesario a la noche
o sensación de noche vertida en el poema.

Y qué distinto el día —su primera
membrana
si los ojos apuran previamente
todo lo que es nocturno. Aliento a red
mojada
en las últimas copas, coincidiendo
con pesqueros que vuelven. Azul tan mate el
mar
como acuarela intacta de la caja
de un niño. Qué afiladas
en el umbral del día las respuestas,
qué fácil no creer en los retornos.

Con el primer fulgor amarillento
acuden desde el parque las palomas
al trigo derramado de los buques.
Hay un vigor de luz por estallarnos.
—¿Dónde, dónde? —imagino que zurean.

Isabel Pérez Montalbán

Córdoba. 1964

Los genes australes

III

Navegar no es sinónimo de hundirse,
pero a veces los barcos se sumergen.
Me hice a la mar. Málaga es sólo mar,
un mar de azul profundo,
una marina en óleo sobre lienzo,
la costa de un turismo pobre
que llega al rompeolas de una ciudad fenicia.

Después, los territorios extranjeros.
Recuerdo el metro musical
de aquel Madrid en hora punta,

Lisboa ardiendo cuesta arriba,
los portugueses negros hablando con su acento
expulsado de la colonia.
Barcelona parece un Miró en blanco y negro.
Y Galicia es un barco en la tormenta,
bruma verde en la ría,
el catecismo de la lluvia,
el agua religiosa, el opio líquido
confundiéndose con el llanto.

Todo se ha perdido en el tiempo
como lágrimas en la lluvia,
y no vale ni dura más
que la vida de un replicante.

Juan Manuel Villalba

Madrid. 1964

Petroleros

Aparecen. Y nunca están llegando.
Asumen de improviso la nobleza
de los grandes mamíferos, su manso
tonelaje. Detrás de algún pequeño
puerto se pueden ver, acomplexados,
aullando roncros contra
la niebla, satisfechos en secreto
de la gran dignidad que alcanzan.
Son el alma perdida
de los que miran, indefensos,
alguna vez el horizonte.

Álvaro García

Málaga. 1965

El mar

Mira el mar. Es un mundo hecho revés de agua,
una torpe llanura. No hay reproche posible
aunque secuestre a unos navegantes.
Hay que desengañarse previamente
de la moralidad de la belleza
para entender su azul y su ruido.

La tierra nos retiene, segura de sí misma.
Hicimos una hoguera de San Juan,
en la playa, y el fuego
casi estaba sabiendo que nos unía a algo.
Este mar es el mismo en que, hace poco,
se ha perdido un velero. Hubo tres muertos.

La calle está vacía.
Uno hace el ejercicio de dar a cada cosa
la atención que uno cree que le pide.
Los tejados de la mañana
tapan domingos dentro del domingo,
diferentes ideas de lo que es un domingo.

Y uno mira hacia el mar con un rencor
abierto sin destinatario:
no tiene culpa el mar,
que hipnotiza los días igual que las campanas
hipnotizan el aire de este barrio
un poco antes de que despertemos.

Esther Morillas

Jaén. 1968

Paseo marítimo (uno)

La playa estará cerca. Alguien saludará entonces desde la playa y desaparecerá entre los hidropedales, camino de su hotel. Una avioneta interrumpirá la música de los merenderos, y ondeará una propaganda ilegible, coloreada. Nos habremos callado sin notar que nos hemos callado. Veremos juntos lo que hay alrededor, lo que se acerca, y sin darnos cuenta estaremos de nuevo en el paseo, por encima del agua, ahora mismo, mirando.



Jean Cocteau

Málaga

EL mar corría detrás de sí mismo en las olas,
la jábega tenía ojos de egipcio muerto
para verse peinar su cabellera de algas.
Mi mano estaba abierta hacia un perfil gitano.

El mundo antiguo había puesto a secar sus ropas
en una higuera seca. De ella cayó el ahorcado,
sin que se conmoviera la sirena en las tablas
ni alzasen las gitanas su perfil abatido.

Traducción de José María Souviron

Este duodécimo cuaderno de

El agua en la boca.

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de *Litoral*, se edita como suplemento de la revista con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Este cuaderno recoge una antología de poemas sobre el mar de Málaga, preparada por José Antonio Mesa Toré e ilustrada con fotografías de Ignacio del Río • Se imprimió en Málaga el día VI de XII de MMI con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Málaga.



